

## EL PARTIDO DEMOCRÁTICO

Normalmente a todo nuevo órgano de la opinión pública se le exige que se entusiasme con el partido cuyos principios apoya, que tenga absoluta confianza en su fuerza y esté siempre dispuesto ya a encubrir los principios con la fuerza efectiva, ya a adornar la debilidad con el resplandor de los principios. Nosotros no correspondemos a este deseo. No trataremos de engalanar las derrotas sufridas con el oro de las falsas ilusiones.

El partido democrático ha sufrido algunas derrotas; los principios proclamados tras la victoria son cuestionados mientras le disputan palmo a palmo el terreno que realmente conquistado; ya ha perdido mucho y pronto se planteará la cuestión de saber qué le queda.

Es muy importante que el partido democrático sea consciente de la situación. Se nos preguntará por qué nos enfrentamos al partido en lugar de tener en el punto de mira las aspiraciones democráticas, el bien del pueblo, la salud de todos, sin distinción.

Pero para eso está el derecho y el hábito de lucha, y la salud de la nueva época no puede ser resultado más que de la lucha de partidos y no de compromisos que aparentan ser prudentes, ni tampoco de simulacros de acuerdo mientras las opiniones, los intereses y los objetivos se enfrentan.

Reclamamos al partido demócrata que tome conciencia de su situación. Esta exigencia es el resultado de la experiencia de los últimos meses. El partido democrático se ha dejado llevar demasiado por la emoción de la primera victoria. Ebrio de júbilo por poder expresar por fin sus principios abiertamente y en voz alta, pensó que bastaba con proclamarlos para que se realizaran inmediatamente. Tras la primera victoria y las concesiones que la siguieron, no fue más allá de esta proclamación. Pero mientras prodigaba sus ideas y estrechaba la mano como a hermanos a todos los que no plantearan objeciones inmediatas, aquellos que retenían el poder actuaban. Y su actividad no ha sido despreciable. Guardándose los principios para sacarlos sólo cuando quería dirigirlos contra el viejo estado de cosas derribado por la revolución, limitando prudentemente sus movimientos allí donde el interés de la nueva jurisdicción o el restablecimiento del orden en el exterior sirviera de pretexto; haciendo concesiones aparentes a los amigos del antiguo régimen para asegurar la ejecución de sus propios proyectos; construyendo luego poco a poco las líneas maestras de su propio sistema político, ha logrado conquistar una posición intermedia entre el partido democrático y los absolutistas, avanzando por un lado y retrocediendo por otro, progresista frente al absolutismo y reaccionario frente a la democracia.

Tal es el partido de la burguesía moderada y circunspecta; en su entusiasmo inicial, el partido del pueblo se dejó engañar por él hasta que, rechazado con desprecio, denunciado como agitador, acusado de

todo tipo de actitudes condenables, por fin ha abierto los ojos y se ha dado cuenta de que, en el fondo, sólo ha conseguido lo que estos Srs. de la burguesía estiman compatible con la buena marcha de sus intereses. En lucha consigo mismo por una ley electoral antidemocrática, derrotado en las elecciones, tiene ante sí una doble representación, y es difícil saber cuál de las dos se opone más resueltamente a sus reivindicaciones. El resultado es que su entusiasmo se ha esfumado, y ha sido reemplazado por la frustrante constatación de que una poderosa reacción ha tomado el poder, curiosamente antes incluso de producirse una acción revolucionaria.

Todo esto es indudable, pero el peligro no sería menor si, víctima del amargo sentimiento de la primera derrota, y aunque sólo sea parcialmente responsable de ella, el partido democrático se dejase llevar por este funesto idealismo, desgraciadamente tan arraigado en el carácter alemán. En virtud de este idealismo, aquel principio que no puede integrarse en la vida hay que dejarlo para un futuro lejano, dejando que el presente lo elaboren inofensivamente los “pensadores”.

Debemos ponernos inmediatamente en guardia contra estos amigos zalameros que, si bien declaran estar a favor de los principios, dudan acerca de la posibilidad de aplicarlos porque, dicen, el mundo aún no está maduro para ello; en ningún momento piensan en hacer que madure, pues prefieren por el contrario que, dada esta perversa existencia terrestre, caiga en sus manos este perverso destino general. Si estos son los cripto-republicanos que asustan tanto al consejero áulico Gervinus, nosotros estamos con él: “Esta gente es peligrosa”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Cita de Shakespeare: *Julio Cesar*, Acto 1, escena 2, 24.